



HOMILIA DE LA VIGILIA PASCUAL

Catedral Nuestra Señora del Rosario

Paraná, 23 de abril de 2011

Queridos hermanos:

Estamos celebrando la Vigilia de Pascua, que como la llama San Agustín es la “Madre de todas las Vigilias” porque celebramos el misterio de nuestra redención. Cristo con su muerte y resurrección venció definitivamente al pecado y a la muerte, por eso exclamamos con la liturgia. ***“Este es el día que hizo el Señor, alegrémonos todos en él”.***

¡En verdad, Cristo ha resucitado! ¡Aleluya! También hoy la Iglesia sigue proclamando el mismo anuncio gozoso del ángel. « No teman yo se que ustedes buscan a Jesús el Crucificado. No está aquí, porque ha resucitado como lo había dicho”. “Ha resucitado de entre los muertos e irá antes que ustedes a Galilea: allí lo verán” ¹ Estas palabras son un exclamación de alegría y una invitación a la esperanza.

Pascua, es el día más joven del año, porque comienza una nueva creación, es el día de la alegría, de la muerte vencida, el día sin mortajas, sin piedras y de puertas abiertas.

El día de Pascua es el día de dar la espalda a todos los pesimismo y derrotismos para abrazar gozosamente la esperanza y la vida. Los cristianos, somos hombres de la Pascua, convocados a seguir el pedido del ángel “vayan enseguida a decir a sus discípulos”: ¡Cristo resucitó! Por eso esperamos y creemos.

Con el anuncio de una mujer, María Magdalena, que fue la primer testigo de la Resurrección, los discípulos la escucharon y creyeron y así comenzó a caminar un pueblo nuevo, el pueblo de la Pascua de Resurrección. La Iglesia de Jesucristo nacida de Su costado abierto.

Los cristianos, somos seguidores de Aquel que surgió vencedor de la muerte y que vive en medio de Su pueblo. Cristo el Señor. Cristo Salvador. Señor y

Salvador por la resurrección. El amor de Dios es más fuerte que la muerte. Sólo el amor tiene la última palabra. Sólo el amor puede derrotar la muerte.

Pascua es el triunfo del amor. Pascua es tiempo de alegría y esperanza. Pascua proclama que Dios existe y que está del lado de la vida y la bondad.

Pero podríamos preguntarnos ¿qué sucede en la resurrección de Cristo? ¿Qué pasó allí?" El santo Padre nos dice que la resurrección de Cristo se distingue de otras vueltas a la vida, como la de Lázaro. En la resurrección del Hijo del hombre ha ocurrido algo completamente diferente. La resurrección de Jesús ha consistido en un romper las cadenas para ir hacia un tipo de vida totalmente nuevo, a una vida que ya no está sujeta a la ley del devenir y de la muerte, sino que está más allá de eso; una vida que ha inaugurado una nueva dimensión de ser hombre [...] Él ha entrado en una vida distinta, nueva; en la inmensidad de Dios y, desde allí, Él se manifiesta a los suyos". "El hombre Jesús, con su mismo cuerpo, pertenece ahora totalmente a la esfera de lo divino y eterno"²

Este es el misterio que hay que creer, que hay que contemplar. Necesitamos una fe enamorada, como la de María Magdalena –la que estaba al alba-, para descubrir esta nueva Presencia del Señor Resucitado en medio nuestro, en nuestra vida. Será una larga "pedagogía del encuentro" con Jesús Resucitado en su Iglesia hasta que nos encontremos cara a cara en la Gloria.

Este don de la Pascua, ha llegado después de un largo camino donde Dios fue haciendo su obra entre los hombres. Las siete lecturas del Antiguo Testamento que acabamos de escuchar son un testimonio de las maravillas de Dios en favor de los hombres, desde la creación hasta la promesa del corazón nuevo y del espíritu nuevo. Esta obra de Dios no ha podido ser impedida por el pecado, más aún, "donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia"³, nos dice San Pablo.

Estamos llamados a ser "hombres nuevos" hijos del Nuevo Adán, recreados por Jesucristo.

¿Cómo renacemos a esta Vida Nueva? San Pablo, como escuchábamos en la lectura de la carta a los Romanos, nos enseña cómo por el Bautismo hemos tenido parte en la muerte y resurrección de Cristo. Así, nuestra vida pasada, esclava y dependiente del pecado, es el hombre viejo que ha sido crucificado con Cristo y de este modo hemos sido liberados del pecado y nada le debemos⁴. Al igual que Cristo Resucitado, quien ya no muere más y vive para Dios, así la nueva vida que el cristiano está llamado a realizar es un vivir para Dios en Cristo Jesús. Así comenzamos «la aventura gozosa y entusiasmante del discípulo»⁵

Alcanzar la plenitud de vida en Cristo Jesús supone un largo camino, camino sembrado de "pascuas", de pasos de la muerte a la vida, del pecado a la gracia, del vicio a la virtud, del egoísmo al amor. En efecto, el camino de la vida cristiana supone lucha pues la tentación sigue estando presente. Como decía Benedicto XVI en su homilía del domingo de Ramos pasado: "Los Santos Padres han dicho que el hombre se encuentra en el punto de intersección entre dos campos de gravedad.

Ante todo, está la fuerza que le atrae hacia abajo – hacía el egoísmo, hacia la mentira y hacia el mal; la gravedad que nos abaja y nos aleja de la altura de Dios. Por otro lado, está la fuerza de gravedad del amor de Dios: el ser amados de Dios y la respuesta de nuestro amor que nos atrae hacia lo alto. El hombre se encuentra en medio de esta doble fuerza de gravedad, y todo depende del poder escapar del campo de gravedad del mal y ser libres de dejarse atraer totalmente por la fuerza de gravedad de Dios, que nos hace auténticos, nos eleva, nos da la verdadera libertad". Por eso "Feliz aquél en cuyo corazón Cristo resucita cada día."⁶

Por eso mis hermanos, cada año tenemos necesidad de renovar nuestro Bautismo, de volver a optar por la novedad de la vida cristiana que hemos recibido, de dejar que Dios siga obrando su misterio pascual en nosotros, que aceptemos morir al hombre viejo y renacer al hombre nuevo. Y así hasta el fin de nuestra vida. Tenemos que entregarle todo nuestro hombre viejo. Él vino a asumirlo para redimirlo, Él hace nuevas todas cosas, Él transforma nuestros corazones de piedra en corazones de carne.

La liturgia de esta noche es muy rica en simbología, en ella predominan los símbolos del fuego, de la luz y las tinieblas. Justamente las tinieblas simbolizan todo lo que en nuestra vida es oscuridad, ausencia de Dios, pecado, egoísmo, etc. Son las tinieblas que habitan nuestro corazón, son las obras de nuestro hombre viejo. La luz de Cristo las vence, las disipa. Así como ilumino el templo a oscuras, así ilumina nuestro corazón. Es una luz que brota del fuego, el cual simboliza el amor de Dios que arde y consume todo lo que no es amor en nuestro corazón. Y al igual que el fuego se alimenta de la leña y la transforma en sí; así el amor de Dios se alimenta de nuestras miserias, las consume y así genera luz en nuestro corazón. Dios quiera que en esta noche seamos capaces de dejarnos transformar por Cristo.

Queridos hermanos: debemos tener la seguridad en la Resurrección de Jesucristo, y así al tener certeza de su divinidad creemos también en el origen divino, en la santidad de la Iglesia, de la cual Él es su Cabeza y la sostiene, y no va a dejar jamás prevalecer las puertas del infierno contra Ella. Confirmamos nuestra fe y confianza en que la Iglesia no va a perecer jamás, ni va a dejar de cumplir su función esencial de guiar a los hombres hacia la vida eterna. Con esta seguridad nos sentimos felices, alegres, de ir en la barca de Pedro en medio de tormentas pero con la certeza de saber, en Quien hemos puesto nuestra esperanza que nos dice: ***Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?***⁷; ***Tengan valor, yo he vencido al mundo***⁸ ***“Yo estaré siempre con ustedes hasta el fin del mundo”***

Volvamos a escuchar en nuestro corazón las palabras de Jesús en el Evangelio de hoy: ***“Alégrense”*** y como las mujeres postrémonos delante de Él.

Aferrémonos entonces a esta certeza de que estamos unidos al Señor victorioso, al Señor triunfante. Pongamos nuestra vida en la tierra en un anticipo del estado del cielo y vamos a tener fuerzas para ser apoyo, empuje de los demás en este momento tan difícil del mundo, en el cual Dios quiere que cumplamos una misión no sólo de sostenernos, sino de ayudarnos a trabajar para apresurar en la tierra el advenimiento de tiempos mejores, como anticipo de Su venida definitiva.

Contemplemos a María, contemplemos su alegría y su gozo. A Ti nuestra Señora de la Pascua: esta noche queremos decirte con un corazón agradecido. ***Alégrate, Reina del cielo porque tu Hijo, el que llevaste en tu seno ha resucitado.*** Concédenos la gracia de cantar con nuestras vidas el Aleluya pascual.

Así sea.

+ Juan Alberto Puiggari
Arzobispo de Paraná

¹ Mt. 28, 5-7

² J. Ratzinger, Jesús de Nazaret. *Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, 318.

³ Rom. 5, 20

⁴ Cf. Rom. 6, 5-7

⁵ Benedicto XVI

⁶ San Jerónimo

⁷ Mt. 14, 31

⁸ Jn. 16, 9

⁹ Mt. 28, 20